

BLANCO

Pedro DEL GUAYO LITRO
anelier@hotmail.com

Pamplona, febrero de 1880.

Era una noche fría. La luna alumbraba una tierra cubierta por un manto blanco resplandeciente. La atmósfera era tranquila y el viento no soplabá. Ese día prácticamente no había nevado. Hacía pocas horas que el sol había dejado de calentar tímidamente y las gentes ya se habían ocultado en sus hogares. Artica descansaba protegida por la oscura mole del monte Ezkaba. De todas las casas del pueblo y alrededores, una era la que más ruido producía. De todas las puertas, una era la que más se abría y cerraba. Salían y entraban negras siluetas que, envueltas en nubes de humo, partían para sus hogares o buscaban cobijo en el ambiente cálido y ruidoso del lugar. Paredes de piedra de bloques irregulares rodeaban unos ventanales completamente empañados que impedían ver el interior. Esa noche la venta de Miguel bullía por dentro. Era el último día del mes. Día de paga. Una humilde tabla gruesa y alargada, colocada sobre unos barriles, hacía las veces de barra. Varias mesas pequeñas con taburetes eran el único mobiliario del local. La tenue luz de las velas de sebo era disminuida por una densa nube de humo, que invadía la habitación, procedente de numerosas pipas y cigarrillos que soltaban su aliento sin descanso.

Diversos grupos de obreros disfrutaban de sus ochenas. El vino corría y los ánimos se calentaban. Allá sonaba una coplita, allí caían unas cartas y de todas las mesas nacían sonoras carcajadas. El día se había hecho largo, pero ya había terminado. Todo era alegría, vino, risas y cánticos. Todos gastaban sus cuartos y eran momentáneamente felices. Baco calentaba los corazones de los presentes con sus artes. Sin embargo, había uno que se le resistía.

Sentado en un rincón, solo, oculto en las tinieblas, se destrozaba a vinos un hombre. Sus compañeros no querían reparar en él. Tampoco necesitaba a nadie, no buscaba una compañía amiga. La jarra se estaba terminando. Ya había perdido la cuenta de las que había apurado, pero no le importaba. Saliendo de una gruesa manga de lana, una mano huesuda sujetaba firmemente un vaso como si de parte de ella se tratara. Las sombras y luces dibujaban un rostro perdido, de sonrisa olvidada y ojos cansados. La barba, descuidada, crecía como un campo en barbecho y los oscuros cabellos se anudaban entre sí como zarzas. Cuando alzaba la cara para beber, la pequeña vela clavada en la pared sobre él, iluminaba el rostro de una persona joven pero envejecida. No pasaría de los treinta y pico y parecía que tenía ochenta. Alumbraba la figura de alguien que ya no quería vivir más. Apuró la jarra llenándose bien el vaso e hizo una señal silenciosa para que le trajeran más. Mientras bebía recordaba.



Vista general de la Rochapea con el Monte San Cristóbal y Artica al fondo. 1932.

Foto original (BN) de Julio Cía Úriz.

Archivo Municipal de Pamplona.



Vista aérea del Fuerte de San Cristóbal en 1920.

Manuel Gambín
(Pregón nº 57).

estar a las seis arriba, en el monte. Todos los días, su mujer le dejaba preparado el zurrón con la bota de vino, unas habas secas o garbanzos, algo de tocino y alguna sardina roya. Él era muy despistado y ella te-

Hace unos meses él no era así. Antes era feliz. Llevaba trabajando en el Alto casi dos años. El Alto era la manera que tenían en esa época de llamar a la cima del monte Ezkaba, situado junto a la ciudad de Pamplona. Debido a los nuevos avances en las técnicas militares, sobre todo en el campo de la artillería, en 1878 se decidió construir una gran fortificación en la cumbre. Desde entonces a este fuerte se le conoce como San Cristóbal, nombre que al final se ha extendido también al propio monte.

Al principio, trabajaba talando árboles y cavando. Durante ese tiempo había conocido el oficio poco a poco y de aprendiz pasó a peón de la construcción, aumentándole el sueldo a 1,50 pesetas al día. Para una persona como él supuso una alegría. Aún recordaba cuando se lo dijo a su mujer. Vivían en una humilde morada de la calle del Carmen. Cuando acabó su jornada a las seis, bajó corriendo y fue enfilado a casa. Tras dar la buena nueva, ella le abrazó y dieron tantas vueltas que pensó que se caerían. Ese dinero era una bendición. No vivían muy mal aunque el hambre, de vez en cuando, había llamado a su puerta. Su esposa era lavandera y no cobraba mucho. Aún Dios no les había dado un hijo, pero no se preocupaban pues llevaban pocos meses casados. Ese año había empezado bien y eran felices.

Una lágrima recorrió su mejilla derecha. No se la limpió. Dejó que cayese y que se alejase de él. Tomó otro trago y se sumergió de nuevo en sus recuerdos.

El trabajo era duro, pero lo pasaba bien. Lo que peor llevaba era madrugar tanto. Antes, cuando era aguador, no tenía que despertarse tan pronto. Pero con su nuevo oficio tenía que

nía que estar siempre encima. Pero le gustaba, ya que ambos se cuidaban el uno al otro. La quería muchísimo y tenían numerosos proyectos juntos. Pero como se suele decir: "Si quieres hacer reír a un Dios, cuéntale tus planes".

Alguien le empujó y por poco no se cae al suelo. Emitió un sonido gutural y se volvió a encerrar en sí mismo. Un generoso trago de vino humedeció otra vez su garganta.

En el verano le pusieron a limpiar y acondicionar unas grandes piedras ennegrecidas que se habían encontrado en el monte al talar unos árboles. Éstas aparecieron dispersas por la zona y alguien dijo que podían haber sido de un viejo castillo que según decían existió allí hace muchos siglos y se quemó. La cosa es que había que recogerlas e intentar adecentar su superficie oscurecida. No había que desaprovecharlas. El trabajo le gustaba y estaba bien con sus compañeros. Pero lo mejor era el momento de llegar a casa. Siempre lo anhelaba y le hacía infinitamente feliz. Abrazaba con ternura a su mujer, le acariciaba el largo pelo moreno y disfrutaba al máximo los momentos en que estaban juntos.

Llegó el otoño y poco a poco el frío comenzó a extender sus dominios. Los días eran más cortos y las subidas y bajadas del monte se hacían eternas y duras, envueltos como estaban en tinieblas y sacudidos por los fríos vientos. Él se encargaba de abrir la columna de trabajadores portando un farolillo de petróleo que olía a rayos. Muchos días llovía y entonces no se trabajaba, volviendo a casa sin nada en las manos. Pero su mujer le recibía con la ternura de siempre y rezaban para que al día siguiente saliese el sol.



*Portal del Abrevador, luego llamado de Francia y de Zumalacárregui.
Foto original (BN) de Julio Cía Úriz. 1955.
Archivo Municipal de Pamplona.*

Para cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde.

Dejó de beber, sacó papel y tabaco, e hizo lo mejor que pudo un cigarrillo. Se incorporó tambaleándose del taburete y acercó el pitillo a la vela que tenía sobre él. El humo le cubrió la cara. Se sentó de nuevo y agarró rápidamente el vaso. Otra calada, otro trago y otro regreso a su pasado.

Una fría tarde de invierno, acabada la jornada, comenzó a llover justamente al pasar por el Portal del Abrevador. Corrió por las solitarias calles hasta que llegó a su casa. Entró, sacudió su chaqueta y subió raudo al calor de los brazos de su mujer. Pero no encontró a nadie. Un fino hilo de voz le llamó desde el dormitorio. Extrañado, dejó el abrigo y la gorra en una silla y fue a ver qué pasaba. Cuando entró en la habitación, un olor a cerrado y a sudor le golpeó en la cara. Su mujer estaba en la cama. Una pequeña vela iluminaba su pálido rostro. El cabello apelmazado y húmedo se abrazaba a la almohada y unos finos labios blanquecinos esbozaron una sonrisa triste pero profundamente cariñosa.

No sabía qué decir, no sabía qué sucedía. Ella le contó que hacía días que no se sentía bien, pero lo achacaba al frío. Sus compañeras lavanderas le repetían una y otra vez que debía cuidarse. Pero estar todo el día junto al río, con las manos metidas en el agua y con esas bajas temperaturas, no era buena medicina. Llevaban tiempo pidiendo una caseta para trabajar calientes, pero no les hacían caso. Él rompió en maldiciones hacia los miembros de la corporación, pero ella le silenció únicamente con la mirada. Se sentó junto a su esposa, cogió su mano y la escuchó. Le contó que ese día se había desvanecido cuando subía con la ropa limpia a la ciudad. Sus compañeras le habían traído a casa y había venido un médico. Al parecer estaba enferma y debía guardar mucho reposo. Él la abrazó y le prometió que todo iría bien, que todo mejoraría.

A las pocas noches comenzó a toser fuertemente. La fiebre aumentó y su vida se fue apagando tan rápidamente como había aparecido la enfermedad. Un día, al regresar del trabajo, la encontró quieta, blanca. No había luz en la vela. Nadie había estado allí para encenderla. La oscuridad la había encontrado y se la había llevado. Murió ella y murió parte de él.

Hace ya cuatro semanas que la enterró. No debería haber pasado. No podía dejar de pensar que esto no podía ser así. Su vida, su amor y su futuro debían escribirse con otras palabras; en otro libro con muchísimas más páginas. Solo, se encontraba solo y soledad es lo que buscó. Ya no había nadie que le esperase en casa. Ahora hacía parada en la venta y se bebía su jornal. No había motivos para ahorrarlo, no había con quién disfrutarlo. Sus compañeros se alejaron, él mismo así lo quiso. Se dejó durante los siguientes días. Apenas comía y casi no dormía. En pocos tiempo sufrió un gran cambio físico, pues el ayuno y la bebida no son buena dieta. En el trabajo empeoró mucho. Pronto no le dejarían seguir trabajando. "Ni falta que me hace" pensaba. Su corazón llamaba a gritos a su esposa; llamaba sin descanso a la muerte.

La luna subía a su trono celestial en una fría y blanca noche de invierno. Su luz iluminaba un monte con la cima desmochada por la mano humana. En sus faldas había una casa de piedra gris. Por su puerta, anónimas figuras salían camino de sus hogares o entraban buscando cobijo. Dentro, una canción invadía la habitación. El humo y la poca luz creaban un ambiente de sombras. Todas reían, todas vivían. Todas... menos una **PRE**

El autor es profesor, historiador e escritor.